

De actualidad

La fuerza del espíritu

Edmundo Gómez Mango

*“Hasta el artículo de la muerte, conservaré sin duda
la ambición secreta de procrear una nueva obra.”*

Didier Anzieu

Releer las páginas de Didier Anzieu sobre el arte y más precisamente sobre la literatura, es un acto que provoca un vértigo intelectual: primeramente por la importancia del tema en su obra, y luego por la pasión que el abordaje de la creación artística suscita en él. La actitud o la posición crítica de Anzieu está habitada por una tensión entre dos polos que se completan contradictoriamente: por una parte, la búsqueda de una identificación profunda con el sujeto-objeto estudiado, que se produce cuando se alcanza una especie de sobrecogimiento mutuo entre el receptor y el proceso de creación de la obra; y por otra parte, una actividad intelectual viva, alerta, que analiza y discrimina primeramente, para luego asociar, reunir masas de información, de datos, de hipótesis interpretativas. De ello resulta un combate apasionante entre la claridad de la exposición, la preocupación por el orden, y la abundancia de la imaginación y de la inventiva del pensamiento. El lector experimenta una especie de embriaguez inducida por lo que podría llamarse la excepcional abundancia del trabajo de Anzieu, una admirable retórica de la abundancia, evidente en muchas de sus páginas y especialmente en su trabajo sobre el autoanálisis de Freud, en donde despliega su capacidad excepcional para barajar, abrazar, para hacer trabajar grandes masas de materiales, informaciones y descripciones diversas.

Puede descifrarse en su escritura el mismo conflicto que describe en el proceso creador: por una parte el esfuerzo por fijar los límites, definir los contornos de los

subsistemas o las fases, y por otra parte, la preocupación por mantener una porosidad comunicante que establece vínculos, pasajes entre lo que acaba de separar o aislar, pero también entre el crítico y el objeto de la crítica.

Es, podría decirse, la “paradoja” de la escritura de Anzieu: un sobre –inversión de la actividad del pensamiento consciente, una rapidez extrema del juego de los conceptos, para intentar captar los movimientos más lentos, inclusive la inmovilidad misma, oscura, profunda, de la psiquis inconsciente.

Es sabido que en las raíces de su obra se encuentra Pascal. Uno de los primeros escritos por él publicados en la NRP se intitulaba: “Nacimiento del concepto de vacío en la obra de Pascal”. Es posible imaginar que Anzieu construyó su obra teórica y crítica en torno a este vacío originario, como “envoltorios” que se generan para rodear, contener y combatir esa angustia inicial de la nada. La abundancia y el vacío: la vivacidad, la agilidad de su prosa parecen contrarrestar sin cesar, sin respiro, la desesperación de la nada.

La obra crítica de Didier Anzieu está signada por la pasión por la lengua; ella es la que sostiene su atención al desarrollo de las obras, a la construcción de un poema, al análisis y la creación de chistes y ocurrencias. Esta pasión se codea a menudo con su opuesto: el odio por el lenguaje, cuando éste no responde a los deseos del creador, cuando las palabras se muestran incapaces de realizar la tarea imposible y no logran atrapar al objeto perdido, la cosa inconsciente. Quizá sea esto lo que orienta la escucha y el análisis de Anzieu cuando se inclina sobre los fenómenos extremos de la lengua, sus deformaciones, cuando se desgarran entre un sentido que se derrumba y un sentido que se inventa. Intenta escuchar la lengua y su actividad como el *infans* escucha el habla de sus padres: el *infans* desea comprender sin lograrlo, esa “escena originaria” que habita el lenguaje mismo, y de la cual se siente excluido como un extranjero. En la lectura de Anzieu hay vestigios de esta posición, de este asombro inicial del niño con respecto a la lengua que es aún para él una lengua (una madre) extranjera; de esta posición de los comienzos proviene, creo, la pasión que lo lleva a examinarla, a descomponerla, a ir siempre más lejos en busca de unidades significativas primarias, para poder luego reconstruir, jugar con las piezas separadas, entretenerse de manera lúdica en una vasta recomposición crítica de la búsqueda de sentido.

La noción de “código” es tal vez su aporte más innovador en el enfoque psicoanalítico de la obra. La inventó mientras trabajaba con las historias de Borges. Luego de haberse entregado a un “desarmado” vertiginoso de todas las “ficciones” del

escritor argentino, luego de haber señalado la “doble simetría especular”, se detiene en el “código de la biblioteca total”, en la búsqueda del “código de todos los códigos”, que descubre en historia La Biblioteca de Babel. Anzieu extrae de la lectura de Borges lo que confirmará en los análisis de todos los escritores que eligió en sus trabajos: el código es el organizador del cuerpo de la obra, la narración traduce una experiencia singular –sensible, afectiva o fantasmática– del cuerpo del autor, la obra da a esta experiencia una serie de desarrollos lógicos, los cuales obedecen a un código particular.

La obra de un gran escritor despliega “hasta el agotamiento de su dinamismo lógico” ese “esquema director” que constituye el código. El esfuerzo, el estilo de Anzieu, consiste en captar en el seno mismo del funcionamiento lógico de la fantasía el advenimiento de lo pulsional: “las paradojas lógicas son figuras de la pulsión de muerte”.

Pero fue otro escritor, cuyo nombre también comienza con una B., quien llamó, atrajo con una fuerza extraordinaria el pensamiento y la sensibilidad de Anzieu: Beckett, que había compartido con Borges el premio Nóbel de literatura en 1969. En *Beckett et le psychanalyste* la “manera” crítica barroca de Didier Anzieu alcanza su apogeo: un movimiento incesante se apodera de su escritura, ya no hay ni adentro ni afuera, ni sujeto ni objeto, ni individuo ni grupo; el crítico está en el escenario como en un psicodrama, con los personajes, en la platea, al lado de Beckett, mirándolos realizar su interpretación; la escena de la escritura de Anzieu se confunde con la del teatro o de la novela de Beckett. Como si aquello carcomido e inmovilizado en el cuerpo por la enfermedad fuera reconquistado por el alma del escritor en la libertad y la agilidad del movimiento del pensamiento.

La fuerte hipótesis, y por ello discutible, de Anzieu sobre la obra del escritor irlandés, puede resumirse de la siguiente forma: toda la obra del mismo, con posterioridad a la Navidad de 1935, fecha aproximada del fin de su análisis con Bion, es la elaboración, la transcripción o la deformación de las trazas de esa experiencia psicoanalítica. El valor de esta hipótesis, más allá de una verificación eventual o imposible, consiste, a mis ojos, en lo siguiente: se transforma –para utilizar su propia terminología en el “código” organizador de su narración crítica. La misma se desarrolla como autoanálisis: convoca la voz que dice libremente y se abstiene de todo acto. El narrador, recitando, a partir de ese lugar íntimo de su yo en donde está casi fuera de sí, frontera vacilante entre un afuera y un adentro, escucha y repite lo que oye del otro en sí y lo que percibe de sí mismo en el otro. Obra esencialmente barroca, animada por el

torbellino identificatorio en donde el autor de este libro, el de Anzieu, se confunde con el autor de aquel libro, el de Beckett, el escritor de éste es al mismo tiempo el lector de aquél, el autor se dirige al lector, lo interpela directamente, y el lector, que se transforma de este modo en un personaje del libro, dialoga con el autor, el cual por definición es siempre un lector. Beckett se analizó con Bion: Anzieu los interpreta. Se dejó llevar por la afición barroca de la escritura-lectura, en la enfermedad de leer y escribir y volver releer y reescribir, que sostiene la pasión de la pareja originaria escritor-lector.

El paralelismo establecido por Anzieu entre la obra científica de Bion y la artística de Beckett puede entenderse no tanto como una relación lineal de causa efecto, sino como una actividad lúdica imaginativa que permite que Anzieu construya su propio mundo de ficción crítica y analítica. Acercamientos fecundos se tornan entonces posibles: “el resplandor de la oscuridad” de Bion está cerca de la zona “oscuro” de Murphy (“Un flujo de formas que se agregaban y desagregaban incesantemente (...) Aquí no estaba libre, era un átomo en la oscuridad de la libertad absoluta”) *Beckett et le psychanalyste* es una obra polifónica, un texto-coro. Las voces de Malone y Molloy, de Murphy y Watt, de Mercier y Camier, de Bion y Anzieu, tantas “envolturas” sonoras que envuelven y hacen visible a la desnudez muda de los niños-mendigos de las obras de Beckett, moribundos que no mueren, encarnaciones descarnadas de la melancolía del siglo XX.

La obra de Didier Anzieu perdería algo esencial sin la fuerza del espíritu. Esta es, según creo, lo que lo anima en primera instancia. Hizo reír, en un momento u otro, a todo quien trabajó con él. Si pudo acercarse a las formas más profundas, primeras, casi viscerales del dolor psíquico, es porque podía volver por el poder de la invención, y en la dicha comunicativa y generosa del juego del pensamiento. La forma misma de la escritura de Anzieu está impregnada de ello; se somete casi sin cesar a una doble tarea: el descubrimiento de lo inteligible por la actividad libre del espíritu que crea y recrea el objeto considerado, y la restricción del “esquema”, de la cuadrícula, que utiliza como puntos de apoyo, como referentes que canalizan la energía del discurso. Eligió como conclusión de esta impresionante colección de textos sobre el trabajo de la creación artística que es *Le corps de l'œuvre*, la celebración de la ocurrencia y del chiste como una pasión por la risa.

Guardaremos el rastro de este fecundo teórico del psicoanálisis francés, de su pensamiento y de su risa, libre y alegre, que resuena en la angustia del vacío que tanto lo inspiró. Tal vez ya la escuchaba cuando evocaba, citando un verso de Valéry, la “risa eterna” de Hamlet ante el “cráneo vacío”, la nada de la muerte.

La voz viva de Anzieu era “otra y la misma”, la suya y la de Beckett, en aquella velada memorable, su última, creo, conferencia en la Asociación Psicoanalítica de Francia, cuando leyó su texto “*Comment dire*”, que terminaba así:

“Mi narración llegará a su fin. La historia continuará. El psicoanálisis continuará. El que yo termine no tiene ya importancia alguna. Voy a terminar. Lo importante es que el psicoanálisis continúe, que nuestras narraciones conserven la fecundidad de su trama. Debo detener la narración y devolver el psicoanálisis a la historia. Voy a terminar. Ya está, se terminó.” Adiós, Didier Anzieu.

Traducción: Juan Manuel Pedreira